

# “Las ideas fuera de lugar”, todavía

---

Las V Jornadas de Historia de las Izquierdas del CeDInCI, realizadas en noviembre de 2009 en Buenos Aires, tuvieron esta vez como eje convocante un tema crucial en la historia de los procesos culturales latinoamericanos: «¿Las ideas fuera de lugar? El problema de la recepción y circulación de ideas en América Latina». El título mismo remitía y a la vez homenajeaba a un texto ya clásico de la historia intelectual latinoamericana: «As idéias fora do lugar» (1973), del crítico brasileño Roberto Schwarz. Las Jornadas convocaron a más de cien investigadores de distintas disciplinas y países del continente para discutir sobre la recepción y circulación de ideas poniendo de manifiesto, como señaló Mariana Canavese en una reseña del evento en el suplemento **Ñ**, «al menos dos cosas: la creciente presencia de estudios sobre la apropiación y los usos locales de ideas producidas en otros contextos, y un suelo común abonado por la renuncia a juzgar la fidelidad de las lecturas en relación a las elaboraciones ‘originales’ y por la restitución del rol activo del lector; premisas remotas para las tesis de la objetividad textual y los discursos de las influencias, y que buscan zanjar las tradicionales explicaciones dualistas que oponen original a copia, metrópolis a colonia, desarrollo a subdesarrollo, etc., dejándole a América Latina un papel de mera receptora de ideas ajenas».

Si desde esa perspectiva las Jornadas cumplieron con creces sus propósitos, la mesa final, en la que participó el propio Schwarz —flanqueado por Carlos Altamirano, María Elisa Cevasco, Alejandra Mailhe y Horacio Tarcus— representó un lujoso e inmejorable cierre. Allí el crítico brasileño volvió sobre su texto de 1973, los malentendidos y debates que generó, y la actualidad de su problemática en la América Latina de inicios del siglo XXI. **Políticas de la Memoria** se enorgullece de poner a disposición de sus lectores la intervención de Schwarz —que actualiza y afina una de las más sofisticadas e incisivas tomas de posición frente al nacionalismo cultural de tan extendida y empobrecedora presencia en el continente—, precedida de una certera ubicación del renombrado ensayo que Cevasco preparó para la ocasión. Roberto Schwarz (Viena, 1938) fue profesor de Teoría Literaria en la Universidad de San Pablo (USP) y



luego en la Universidad de Campinas (UNICAMP). En 1958-59 participó del célebre *Seminario Marx*, junto a figuras como Fernando Henrique Cardoso, Francisco Weffort, Octavio Ianni y Michael Löwy. Autor de estudios sobre Kafka, Brecht, Oswald de Andrade y Chico Buarque, parte sustancial de su producción y de sus reflexiones han girado en torno a la obra de Machado de Assis. Publicó, entre otros, **A Sereia e o Desconfiado** (1965), **Ao Vencedor as Batatas: Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro** (1977), **Um Mestre na Periferia do Capitalismo: Machado de Assis** (1990), y **Misplaced Ideas: Essays on Brazilian Culture** (1992). María Elisa Cevasco, profesora de la USP, es conocida entre nosotros sobre todo por la edición castellana de **Para leer a Raymond Williams** (UNQ, 2003).

# El significado de las “ideas fuera de lugar”

María Elisa Cevalco

El ensayo «A idéias fora do lugar» es el primer gran paso del trayecto intelectual de Roberto Schwarz, y marca un momento de florecimiento del pensamiento dialéctico en el Brasil. Como se sabe, la tradición de la crítica cultural dialéctica tuvo su primer gran momento en la obra de Antonio Candido (1918), a la que Schwarz va a dar continuidad y amplitud. Quiero hablar del ensayo en tres momentos: el de su publicación, los años 1990 y el presente.

El texto fue publicado en 1973, en la revista **Estudos CEBRAP**. Como han de recordar, se trata del primer ensayo dentro del prolongado asedio a través del cual Schwarz va a demostrar que Machado de Assis configura un punto de vista productivo para mirar, con los lentes de la crítica cultural, el capítulo brasileño de la historia de la modernización capitalista.

En este primer estudio ya están presentes las características fundamentales de ese proyecto. El ensayo parte de la intuición, que todos tenemos, del carácter postizo de las ideas en Brasil. Examina cómo ese rasgo se configura en el siglo XIX como uno de los resultados del desacople entre la doctrina más prestigiosa en los nuevos países de América Latina: el liberalismo europeo —y las nociones de libertad individual, trabajo libre, igualdad ante la ley, etc.—, y la vida real en un país en el que la economía estaba basada en el esclavismo. Ese desacople estructural es formador de la comedia ideológica que caracteriza al Brasil y nos molesta a todos, progresistas y conservadores.

Schwarz busca el fundamento de ese desfase —que no es exclusivo del Brasil— en el hecho que lo causa, las relaciones de producción, y sostiene que ellas muestran que las nociones de centro y periferia esconden su interdependencia (para dar sólo un ejemplo de la época de Machado: el esclavismo, abominación nacional, era una iniciativa comercial del capitalismo, abominación internacional). En el ensayo, Schwarz examina cómo esas relaciones de producción determinan la estructura social. En el

siglo XIX en el Brasil había tres clases sociales: los propietarios, los esclavos y los hombres denominados libres que dependían en todo de los propietarios, haciendo que las relaciones de favor dominasen la vida nacional. La relación de favor no soporta ni un minuto la ideología de la igualdad entre los hombres. Pues bien: en la esfera de la cultura, esta situación produjo un malestar, el de no poder representarse a través de las nociones disponibles. El choque entre las ideas importadas de una Europa liberal y nuestra realidad tiene como uno de sus resultados que en América Latina las ideas giran en falso, con interesantísimas consecuencias. Machado es el primer escritor brasileño que encuentra la forma literaria capaz de dar expresión a esta situación específica.

El ensayo de Schwarz tenía como primer propósito reconstruir el suelo histórico en el que se va a apoyar la obra de Machado, pero de hecho tuvo muchas otras implicancias. La principal es que pone fin a las explicaciones dualistas sobre el Brasil. Específicamente, en el campo de la historia de las ideas pone fin a la querrela sostenida por los partidarios de las explicaciones basadas en dualismos (la perenne discusión copia vs. original es la expresión cultural de una dicotomía que atraviesa otras esferas: metrópolis vs. colonia, atraso vs. progreso, desarrollo vs. subdesarrollo, hegemonía vs. dependencia). En su texto Schwarz señala cómo la coexistencia de esclavismo y liberalismo no es una excepción respecto de una normalidad que un día sería necesario alcanzar. En el sistema en que vivimos, toda superación supone permanencia, y todo cambio conlleva asimismo repeticiones. La llamada originalidad brasileña resulta así un ejemplo del desarrollo desigual pero combinado del capitalismo. Pues bien: el sólo hecho de haber aclarado de una vez por todas (aunque ciertamente con cada generación el tema retorna), que la modernización siempre conlleva la reposición del retraso, y que ello no es mala suerte o falta de desarrollo, sino una característica estructural de un sistema que genera exclusión, ya hace del texto de Schwarz uno de los más importantes de la producción brasileña.

Pero hay más. El ensayo presenta una rigurosa revisión y una pertinente renovación de categorías: una de las más productivas es la noción de ideología de segundo grado, que abre la posibilidad de comprender la historia mundial a partir de ese funcionamiento peculiar. En sus lugares de origen, las ideologías por lo menos describen la apariencia, mientras que aquí no la describen siquiera falsamente, y no gravitan según una ley que les sea propia. Esa situación las hace risibles. Claro que en la medida en que aparecen ridiculizadas, esas ideologías pueden dejar de engañar. Pueden, también, mostrar sus límites. En manos de maestros como Machado o Dostoievski, esa confrontación entre ideas y lugar social acaba por posibilitar la aparición de un «criterio para medir el desvarío del progresismo y del individualismo que el Occidente imponía e impone al mundo».<sup>1</sup> En otras palabras, examinada en países de modernizaciones truncas, la ideología maestra del Occidente, el progreso, tiene otro ritmo, un ritmo que puede ser avistado y escrutado por la crítica cultural.

En este capítulo de las determinaciones de orden más general, el ensayo abre una perspectiva de interrogación de un gran número de certidumbres. Por caso, dado que las ideas universales —el liberalismo en el caso del tiempo de Machado— no funcionan aquí de la misma manera, su pretensión de universalidad se ve abortada. Segundo, la convivencia de los contrarios, en el caso del esclavismo y el orden asalariado del mundo burgués, dice mucho de su interpenetración. De hecho, en este aspecto Brasil muchas veces prueba que al progreso, el otro nombre de la modernización capitalista, le es inherente la exclusión social. Las ilusiones de superación estallan en el reverso de cada avance histórico. Uno de los motores de esas ilusiones es justamente la imagen de los modelos de afuera, que nos da una idea de nación que no nos describe, pero que nos hace suponer que basta con hacer un esfuerzo histórico para poder, finalmente, entrar al concierto de las naciones y tener todo lo que esos modelos tienen. Claro que la división internacional del trabajo nos recuerda siempre la imposibilidad de esas ilusiones, en la medida en que es el horizonte máximo de expectativas que el sistema puede ofrecer. Todos queremos el progreso, pero pocos nos detenemos a preguntarnos 'progreso para quién o de qué'. Embarcarse en el barco con agujeros del «ahora por fin vamos» equivale siempre a comprar el sistema por el precio por el cual se vende, e impide que se interroge el orden que genera el problema y hace agujeros en el proceso mismo de su producción y reproducción, en todo y cualquier barco.

Con esto llego a mi segundo momento: los años 1990, cuando nuevamente se plantea con fuerza la ideología de que íbamos a llegar a integrarnos en el admirable Mundo Nuevo de la globalización. En Brasil son años de intensos esfuerzos para, finalmente, modernizarnos. En la esfera de la cultura, vale la pena recordar que las palabras clave del nuevo orden mundial eran diversidad, pluralismo, hibridización, transculturación. Por un lado, este optimismo del intelecto describe, para seguir hablando como Schwarz,

la apariencia de la realidad: hay un gran flujo de comunicación entre los países, se traducen más libros al inglés, y hasta en el campo del enemigo, el cine, podemos competir. Este mercado ampliado condujo a muchos a pensar que no iba a haber más dominación sino hibridización (¡siempre me da ganas de preguntar a los aztecas o a los mayas qué les parece la hibridización!). En este contexto el ensayo de Schwarz adquiere una mayor relevancia. Aprendimos con él que la modernización capitalista necesariamente excluye. En su formulación, hay que tener siempre en cuenta que en los países creados por la descolonización vivimos en un «espacio diverso pero no ajeno»,<sup>2</sup> un espacio en que las categorías plasmadas en los países centrales no se aplican con propiedad ni pueden dejar de ser aplicadas: giran en falso, aunque sean obligatorias. El espacio es diverso porque la colonización obviamente no creó sociedades semejantes a las de las metrópolis, ni la ulterior división internacional del trabajo construyó igualdad. Pero se trata de un espacio del mismo orden, pues también es comandado por la dinámica abarcadora del capital. Una vez que se miran las relaciones reales, ideas como las de los ideólogos de una mezcla híbrida, capaz de reemplazar las relaciones reales de dominación, parecen poco verosímiles. Cito uno de esos ideólogos para que veamos qué sucedió con la hibridización. En un texto de 1992, se nos dice que los intercambios y los contactos posibilitados por la globalización son «progresistas y saludables» y dan impulso a la proliferación de nuevas culturas. Las viejas ideas de dominación e imposición no se aplicarían a este nuevo cuadro:

La densa red de decisiones culturales y económicas lleva a asimetrías entre los productores y los consumidores y entre los diversos públicos. Pero estas desigualdades no son casi nunca impuestas de arriba hacia abajo como quieren los que establecen oposiciones maniqueístas entre clases dominantes y dominadas, o entre países del centro y de la periferia.<sup>3</sup>

Si todos hubiésemos efectivamente aprendido con las ideas fuera del lugar, sería menos común tener evaluaciones que separan de forma tan radical la cultura de las condiciones materiales. Creo que con el debate sobre la globalización quedó más claro el aporte del pensamiento de Schwarz. Si permanecemos en el primer nivel, vale destacar que el debate de los años '90 entre autonomía cultural o integración a la cultura internacional del consumo —que muchas veces llegaba en la pregunta de si debíamos integrarnos a la cultura global o luchar por mantener una hipotética cultura nacional—, es una versión del viejo dualismo entre imitación o cultura original. Como antes, aunque sea inevitable el debate también hoy carece de sentido, en la medida en que presupone que se puede elegir sin tener en cuenta la fuerza de un sistema que se impone por todo el globo. En este contexto, ideas como hibridización son, en la mejor de las hipótesis, *wish fulfillment*.

<sup>1</sup> Roberto Schwarz, «As Idéias fora do Lugar», en **Ao Vencedor as Batatas: Forma literária e processo social nos inícios do romance brasileiro**, São Paulo, Livraria Duas Cidades, 1977, p. 23.

<sup>2</sup> Roberto Schwarz, «Um Seminário de Marx», en **Sequências Brasileiras**, São Paulo, Companhia das Letras, 1999, p. 95.

<sup>3</sup> Nestor García Canclini, «Cultural Reversion», en George Yúdice, Jean Franco y Juan Flores (eds.), **On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture**, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, p. 34.

Para terminar, quiero retomar las ideas fuera de lugar como ideología de segundo grado. Lógicamente Schwarz sabe que en el centro donde son producidas esas ideologías son falsas, aunque allá, por lo menos, y tal como vimos, describen la apariencia de la realidad. Pero como ideologías de segundo grado, su funcionamiento en la periferia nos debería enseñar a no engañarnos con ellas. Se trata del privilegio epistemológico si no de toda la crítica en la periferia, sí de la visión materialista que verifica cómo efectivamente ocurre la mediación entre la totalidad sociohistórica y los niveles culturales y políticos.

Quiero concluir con un ejemplo de cómo la teoría de las ideas fuera de lugar nos permite entender mejor el funcionamiento real del sistema, a través del caso de una novela publicada en 2009 por Chico Buarque de Hollanda. Como se sabe, es uno de los mejores compositores de la música popular brasileña, y **Leche Derramada** es su cuarta novela. Siempre según la lectura de Schwarz, retrata un punto de llegada de las teorías de la modernización capitalista percibido desde su periferia. Como Machado, de quien hay muchos ecos en la novela, Chico Buarque logró dar materialización artística a las peculiaridades de la vida social del Brasil. El narrador de **Leche Derramada**, un anciano de 100 años, proviene de una familia que llegó al país en la primera década del siglo XIX. Los Assumpção pasan de amigos del rey a barones negreros, y de allí a aprovechadores del abolicionismo y traficantes de influencias en la República, la trayectoria típica de las elites de Brasil. Según la narración de Eulalio, la familia está en decadencia. Él mismo se casó con una chica morena, demasiado morena para los patrones racistas de su familia que, como tantas en Brasil, es racista aunque haya experimentado varios procesos de mezcla. Como el héroe de Machado, Don Casmurro, Eulalio está celoso de la mujer, que lo abandona con una hija chiquita. En el tiempo de la narración, el narrador tiene un nieto traficante de drogas, vive en la periferia de Río de Janeiro, cerca de una iglesia evangélica, y está internado en uno de los hospitales que testimonian el fracaso del Estado de Bienestar en Brasil. Desde el punto de vista de la narrativa las cosas no cambiaron mucho, ya que el abuelo del traficante de drogas de hoy es bisnieto del traficante de esclavos de ayer. Como en Machado, el narrador se expone y deja ver la latitud permitida en países donde la norma civilizada convive con la ausencia de garantías civiles.

La trayectoria de Eulalio Assumpção y su historia familiar ponen en tela de juicio el actual capítulo de la modernización capitalista donde las cosas, como diría el héroe de Lampedusa, cambian para permanecer como están. Concluye Schwarz: «Es como si el presente continuase la informalidad del pasado patriarcal, multiplicándola por mil, dándole una escala de masas, para mejor o para peor. Puede ser que sea ésta la «leche derramada» que no permite llorar: persistió la desigualdad, desaparecieron el decoro y la autoridad bien vestida, y no se instalaron el derecho y la ley. Esto es lo que hay en el intervalo entre antes y lo que ahora se llama modernización sin revolución burguesa.»<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Roberto Schwarz, «Brincalhão mas não Ingênuo», **Folha de São Paulo**, 28 de marzo de 2009, p. 9.

El resultado de este proceso histórico es lo que nos toca vivir, mientras sigamos bajo un régimen donde las ideas tienen que estar, necesariamente, siempre fuera de lugar.



IV INTERNACIONAL presenta

# CORRERÍAS del PIPE ALTAMIRA

EL CADETE DE LA REVOLUCIÓN

en

## "LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA"

una historia de ANDRÉ MALRAUX

con

CARY COOPER ALFREDO MAYO PEPE WERMUS

la adaptación original de JAVIER BARDEM como Director



# Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después

Roberto Schwarz

Antes que nada quiero agradecer a Horacio Tarcus por la organización de esta mesa, que me hace feliz, y por la invitación para venir a Buenos Aires a participar de ella. Seré breve, porque creo que mi papel aquí es más el de oír que el de hablar.

Como mi ensayo sobre «Las ideas fuera de lugar» —que es el tema de nuestro encuentro— dio margen a equívocos, tal vez valga la pena comentar algunos de ellos. El principal malentendido nació del propio título. Por un lado, fue un título afortunado, pues la fórmula se comunicó con la imaginación de la gente y se hizo famosa; por otro, es verdad también que complicó bastante, pues fijó la discusión en un falso problema, o, mejor dicho, en el problema que precisamente el ensayo procuraba superar.

Todavía hoy, aquí o allá, a menudo se me pregunta si la idea A o B no estarán fuera de lugar. Otras veces me invitan a contribuir a que las ideas sean puestas en su debido lugar. Ahora bien, es claro que nunca se me ocurrió que las ideas en el Brasil estuviesen en el lugar equivocado, ni tampoco que estuviesen en el lugar correcto, y mucho menos aún que yo pudiese corregir su localización —tal como el título sugirió a muchos lectores. Las ideas funcionan diferente según las circunstancias. Aún aquellas que parecen más dislocadas, no dejan de estar en su lugar si se toma otro punto de vista. Digamos entonces que el título en este caso pretendió registrar una impresión, de las más difundidas en el país y tal vez en el continente —la impresión de que nuestras ideas, en particular las ideas adelantadas, no corresponden a la realidad local—, pero de ningún modo expresaba la opinión del autor.

En realidad, la convicción de que las ideas avanzadas de Europa están fuera de lugar en la atrasada sociedad brasilera no tiene nada de nueva: por el contrario, es uno de los pilares del pensamiento conservador brasilero. Desde la Independencia en 1822 —que como ustedes saben no abolió el trabajo esclavo instituido durante la Colonia—, los beneficiarios del orden esclavista opinaban que las nuevas ideas europeas, relacionadas al trabajo

libre, a la igualdad ante la ley y a la autonomía del individuo, no tenían cabida en nuestro país. La misma Constitución, relativamente liberal, que acompañó la Independencia, era percibida como un cuerpo extraño. Como escribió en 1840 un poeta romántico y político importante: «Extranjeras son nuestras instituciones, mal e intempestivamente injertadas, contrarias a nuestras costumbres y tendencias naturales, y en desacuerdo con la inmensidad de un territorio inculto y con diferencias inconciliables de clases». También en el siglo XX fue común la misma sensación de que los avances europeos o norteamericanos en materia de derechos sociales, de costumbres o de arte moderno serían absurdos en el país, una especie de copia importada, desprovista de criterio, incompatible con nuestras características auténticas.

Siendo así, no tendría sentido que a comienzos de los años 1970 un crítico literario de izquierda, opuesto a las mitologías nacionalistas, viniese a repetir uno de los peores lugares comunes del nacionalismo conservador. Y de hecho, el problema del ensayo —al cual el título aludía irónicamente, como una dramatización— era otro: se trataba de esclarecer las razones históricas, los motivos por los cuales las ideas y las formas nuevas, indispensables para la modernización del país, causaban no obstante una innegable sensación de extrañeza y artificialidad, incluso entre sus admiradores y adeptos. Como explica una formulación clásica de un escritor libre de nostalgias, que sintonizaba con la revolución modernista, Sergio Buarque de Hollanda: «Trayendo de países distantes nuestras formas de vida, nuestras instituciones y nuestra visión del mundo e insistiendo en mantener todo eso en un ambiente muchas veces desfavorable y hostil, somos unos desterrados en nuestra tierra». Si «nuestra tierra» aquí es entendida como una alusión a la geografía y al clima, estamos ante un determinismo antiguo para el cual la organización europea de la vida resultará siempre extranjera en el trópico. Pero si entendemos la expresión en sentido coloquial, como la designación de una localidad históricamente formada, los «desterrados en nuestra tierra» serán seres divididos entre las realidades de la existencia

local y las realidades de los países-ejemplo en los cuales buscan —sus, nuestros— modelos de vida.

En resumen, el objetivo del ensayo no fue afirmar, por enésima vez, que las instituciones e ideas progresistas de Occidente son extranjeras y postizas en nuestros países, sino discutir las razones por las cuales tanta gente piensa que es así. ¿De dónde salía ese sentimiento de inadecuación, de impotencia o de inapetencia por el progreso? Así, pues, cuando algunos críticos me atribuían la tesis de que las ideas liberales en el Brasil están fuera de lugar, erraban el blanco. La convicción no era mía, era un hecho social de existencia indiscutible, ampliamente documentado a lo largo de más de un siglo y medio de vida nacional al punto de configurar una ideología influyente que traté justamente de analizar. La reflexión sobre este asunto me condujo a la historia, en sus grandes líneas.

Sumariamente diré que la causa del malestar ideológico mencionado se encuentra en el propio proceso internacional iniciado con la descolonización, o —cambiando de ángulo—, iniciado con la Independencia. Como todos saben, la Independencia se apoyó en ideas e instituciones liberales variadas, de inspiración europea y norteamericana, al mismo tiempo que conservó —como no podía ser de otra manera— mucho de las formas económicas de la Colonia, que así se volvían elementos condenados pero reales del orden contemporáneo. Para decirlo de otro modo, las nuevas elites nacionales, cuya identidad se configuraba asumiendo el liberalismo y las aspiraciones de civilización y modernidad, buscaban integrarse al concierto de las naciones modernas mediante la continuación e incluso la profundización de las formas de explotación colonial del trabajo, aquellas mismas que el ideario liberal debería suprimir. En lugar de la superación, la permanencia indecorosa, pero ahora como parte de la nueva patria y su progreso. La paradoja resultaba clamorosa en el Brasil, donde el trabajo esclavo y el tráfico negrero no sólo no fueron abolidos, sino que prosperaron notablemente durante la primera mitad del siglo XIX.

De este modo, el entrelazamiento cotidiano de las ideas modernas y del complejo de relaciones sociales ligados a la esclavitud era un hecho de estructura, tanto de la vida nacional como de la nueva división internacional del trabajo o del propio orden internacional en tren de implantarse. Las ex-colonias querían ser, pero no eran, naciones como las otras que les servían de ejemplo. La diferencia no era un vestigio del pasado en vías de desaparecer ni un accidente, sino un rasgo estable y poderoso de la actualidad. Un rasgo con mucho futuro por delante, y que exigía interpretación. Se trataba de una comedia ideológica original, diferente de la europea, con humillaciones, contradicciones y verdades propias, y que no concernía sólo al Brasil sino al conjunto de la sociedad contemporánea de la cual dicha comedia era una parte tan remota cuanto estructural. Las implicancias de esta situación llevan lejos. Voy a limitarme enseguida a señalar algunas, un poco al azar.

Digamos entonces que la posición perfectamente adecuada o escandalosamente inadecuada de las ideas modernas en el Brasil —según sea el punto de vista— configura una ambigüedad, que por un lado es una aberración local pero, por otro, participa del

presente mundial, de cuyo orden deriva más o menos directamente. Vale la pena insistir en esta doble inscripción, pues ella está preñada de consecuencias. Ustedes habrán notado que nuestra explicación partió de una peculiaridad corriente del país, que lo singulariza, para pasar enseguida al movimiento contemporáneo del mundo. Si es llevado a cabo de manera convincente, este procedimiento —que es la dialéctica en acto— tiene el mérito de superar el abismo entre la singularidad nacional y el rumbo general del presente. Su ventaja para la reflexión estética es obvia, pues aconseja entender el dato local como parte de la actualidad en sentido amplio, y no como nota pintoresca de interés tan sólo provinciano. En este sentido la dialéctica desprovincializa y desalienta nuestras historias —y nuestras literaturas— nacionales. Repasando lo expuesto, el punto de observación remite a un horizonte local, pero el horizonte último del análisis es globalizador e ironiza acerca de las limitaciones del primero.

La inserción de nuestras peculiaridades ideológicas, estéticas y sociales propias de una nación periférica en el presente del mundo crea una situación intelectual de alto interés, que contraría las divisiones establecidas. Si esta inserción es llevada a cabo sin complejos de inferioridad de ex-colonia, y sin exaltación patriótica burda, ella permite la reflexión libre sobre el curso real de las cosas, con base en experiencias hechas, históricamente sedimentadas. La articulación interna de las esferas que la división del trabajo intelectual suele separar —historia nacional de un lado, historia contemporánea del otro— abre el campo para una evaluación de la experiencia local a la luz del presente mundial; pero también, en sentido contrario, a una evaluación del presente mundial a la luz de la experiencia local. El valor crítico de esa desagregación de los ámbitos aún no ha sido debidamente explorado. No se trata de relativizar solamente la oposición de lo local y de lo mundial, sino también de lo periférico y de lo central y de lo dependiente y de lo hegemónico, oposiciones éstas políticamente más relevantes y cargadas.

Para concluir, volvamos a las «ideas fuera de lugar». Como intenté explicar, ellas siempre tienen alguna función, y en este sentido siempre están en su lugar, como quieren mis críticos. Sin embargo, las diversas funciones no son equivalentes ni tienen el mismo peso. Para dar un ejemplo, nótese que el ideario liberal en la Europa del siglo XIX correspondía a la tendencia histórica en curso, a la cual describía de manera verosímil. Incluso la crítica marxista, que procura desenmascarar ese ideario, reconoce que éste tiene fundamento en las apariencias del proceso social. Ahora bien, en las ex-colonias, que admiten y aún promueven el trabajo forzado, el liberalismo no describe ni de lejos el curso real de las cosas —y es en este sentido una idea fuera de lugar. Pero ello no impide que tenga otras funciones diversas. Por ejemplo, permite a las elites hablar la lengua más adelantada de la época, sin perjuicio de sacar provecho en casa de las ventajas del trabajo esclavo. Menos hipócritamente, puede ser un ideal de igualdad ante la ley, por el cual los dependientes y aun los mismos esclavos luchan. La gama de sus funciones incluye la utopía, el objetivo político real, el ornamento de clase, y el puro cinismo, pero excluye la descripción verosímil de lo cotidiano, que en Europa



es la que le confiere su dignidad realista. Es claro que en abstracto todas las funciones existen, y que la imparcialidad científica ordena reconocerlas a todas y no condenarlas. En principio, ¿por qué la función de prestigio valdría menos que la función descriptiva? Pero el hecho es que no vivimos en un mundo abstracto, y el funcionamiento europeo del liberalismo con su dimensión realista se impone y decreta que los demás funcionamientos no tienen sentido sino lateralmente. Las relaciones de hegemonía existen, y desconocerlas, a menos que se trate de un movimiento de superación crítica, es a su vez una respuesta fuera de lugar.

Para concluir, algo sobre la situación histórica del ensayo mismo, que es de los años 1970. En lo esencial, su asunto era la comedia ideológica del Brasil en el XIX, en el que liberalismo y esclavitud no son adversarios sino socios. Era una tentativa por captar las contradicciones sociales que están en el centro de la ironía literaria de Machado de Assis, que era mi objeto de estudio.

Secundariamente, sin embargo, el tema general de las «ideas fuera de lugar» tenía proyecciones espinosas en el presente: ¿y si también el marxismo, como el liberalismo, estuviera «desplazado»? Es decir, ¿y si también el marxismo contuviera presupuestos sociales europeos inhallables en la ex-colonia?

Desde otro ángulo, digamos que el ensayo trata de mostrar que el fenómeno mismo de las «ideas fuera de lugar» es inevitable, un efecto estructural de las descolonizaciones. Los nuevos países independientes necesariamente adoptaban algo o mucho del orden internacional moderno, y lo combinaban a su propia morfología colonial, produciendo combinaciones más o menos absurdas.

Sin embargo, la percepción misma de que las ideas están fuera de lugar involucra un cierto margen de maniobra: ¿sería posible evitar estas ideas, o mejor, adoptarlas de forma menos absurda o enajenada?

Nótese que aquellos eran los años del Tercermundismo, cuando la combinación de retraso y vanguardismo no era solo una desgracia, sino también una perspectiva de futuro y hasta una promesa para la humanidad. Así, el carácter desplazado del marxismo en las ex-colonias era un problema y era un desafío: había que reconstruirlo, para inventar caminos originales y posibles hacia el socialismo.

A partir de los años '80, con la victoria avasalladora del capitalismo en su versión neoliberal, este margen de maniobra se estrechó notablemente. Aunque la inadecuación social de las nuevas ideas hegemónicas fuera escandalosa, no parecía posible afrontarlas. Desde el punto de vista práctico, las ideas, aunque desastrosas, parecían estar en su lugar, no dejando espacio para caminos históricos singulares.

Hoy día, con la crisis del neoliberalismo, la situación vuelve a cambiar, y cabe a nosotros entenderla y aprovecharla.



# EL CIRUTA COMUNISTA

¿VES, WALTER? AHÍ ESTAN OTRA VEZ, IEM TODAS LAS ESQUINAS LOS TENÉS ROMPIENDO LAS BOLAS!



AHORA VAS A VER QUE SE HACEN LOS SANTOS, TE SONRIEN, TE LLORAN MISERIA Y TE PIDEN ALGO. PERO TE FICHARON, Y A LA NOCHE, ESTOS MISMOS ANDAN FALGADOS Y TE CAGAN A TIROS



A VECES LOS VES MÁS PENDEJOS, INCLUSO AMABLES, Y TE DAN LÁSTIMA... ¡ERRO! ¡SON LOS PEORES! Y SI VO VAN CRECIENDO EN LA CALLE Y SE VUEVEN CRIMINALES COMO LOS OTROS



Y, CLARO, DESPUÉS NO PASA NADA, TOTAL, ENTRAN POR UNA PUERTA Y SALEN POR LA OTRA. ¡CUIDADO, AHÍ ESTAN, DALES ALGO Y NO LOS MIRES A LOS OJOS!



JHE-JHE, QUÉ TAL, SUBOICIAL

¿UNA MANDARINITA?



¡HIJOS DE PUTA! ACÁ TENDRIAN QUE HACER COMO HIZO DURVITI EN ESPAÑA Y EMPZAR A BAJARLOS EN LA CALLE

